

KARMSUND

—...La puerta de mi armario ropero tenía un espejo por dentro en el que, antes de salir de casa, repasaba mi aspecto.

»Me gusta mi estilo aunque, a ojos de la gran mayoría, mi atuendo siempre haya resultado algo «peculiar» —entendiendo por «peculiar» aquello que no se ajusta al prototipo establecido para la condición masculina—. Ya cuando era niño, el color rosa se alzó como mi preferido, pero dados los comentarios que mi proclama suscitó, opté por callar y conformarme con el discreto naranja. Ahora que tengo veintitrés años, me atrae el *brilli-brilli*; las prendas ceñiditas; los bolsos de mano y un poquito de cuña bajo los talones. ¿Peculiar? ¡Pues, bueno!

»Al parecer, mi aspecto siempre ha sido un asunto de orden público y no algo personal y únicamente de mi incumbencia... Por eso, sucedía que cuando me colocaba ante ese trozo de azogue ya vestido y arreglado para salir, él, además de devolver una copia mía, devolvía también la de los semblantes del atajo de impertinentes que llevaba cargados a mis espaldas.

»En ocasiones era alguno de esos mequetrefes que andan sueltos por la *uni* —años atrás fueron los del *insti* y los de la primaria; el mequetrefe es una especie presente en todo el ciclo vital—. Otras veces alguna vecina de las que acecha buscando detalle con el que adornar sus crónicas. También, cómo no, por la luneta hacía su aparición algún que otro familiar —y no importa si lejano o cercano; si aparece ahí es que su cercanía es falsa—. Y más y más gente: mujeres con las que me cruzo en el *súper* cuando hago la compra con mi madre; niñas y niños que van de marcha por el polígono los sábados por la noche; individuos que viajan en el bus que cojo para ir al TecnoCampus... —A veces, hasta Laia l'Arquera parece que se incline para apuntarme con su arco—. Todos personajes que no me conocen ni conozco, y que intuyo que no merece la pena conocer. Así que, con tal de evitarlos, me daba el visto bueno apresuradamente y cerraba el armario de un portazo dejándolos a todos dentro, ¡por cafres!

»Las impresiones que ese espejo me trasmitía se convirtieron en una pesada cruz que comencé a cargar en la infancia. Conforme fui desarrollándome y ganando vigor, debería haberme resultado más leve su carga; pero no fue así, ya que la cruz crecía a la par que yo. Durante la adolescencia, ella alcanzó gran superioridad y, bajo su influencia, ese tiempo se convirtió en un calvario. Pasado aquel periodo de incertidumbre, comenzó a transformarse en un material más ligero. Poco a poco, su peso fue siendo más liviano y, finalmente, se disipó.

»Hoy, aunque ya he aprendido a ignorar a todo aquel que invade mi reflejo, he decidido librarme de ese trozo de cristal, y mi pareja, ni corto ni perezoso, como una muestra más de su amor —también porque él tiene coche y yo no tengo ni carné—, se lo he llevado a la *deixalleria*.

»Por eso estoy aquí: busco un espejo de esos con pie para ponerlo fuera del armario.

—Modelo *Karmsund*, sin duda —contesta con rotundidad, el vendedor.

Lo he colocado al lado de la ventana. Me miro. Sin prisa. Me remiro. Detrás de mí, los visillos rosa danzan con el viento.